



92/2021

3 de septiembre de 2021

*Jesús de Miguel Sebastián****Afganistán. Política sin estrategia o estrategia sin política****Afganistán. Política sin estrategia o estrategia sin política****Resumen:**

En este ensayo el autor expone las razones por las que se han aplicado estrategias erróneas y cambiantes, las cuales no han estado estrictamente alineadas en el conflicto de Afganistán. En su inicio no se definió un objetivo político claro y alcanzable, siendo cambiado sobre la base de los intereses de las diferentes administraciones de Estados Unidos. En la fase de estabilización, se cometieron errores que fueron provocando el progresivo alejamiento de la población afgana, olvidando el que es uno de los principios básicos de las operaciones COIN (contrainsurgencia) de «ganar los corazones y las mentes de la población», una de las ideas clave impulsada por el general McChrystal en su concepto operacional. Ha faltado la necesaria cohesión de los aliados y sobre todo un mayor compromiso. La reforma del sector de seguridad (SSR, por sus siglas en inglés) creó unas fuerzas armadas completamente dependientes de las capacidades de la OTAN y en particular de los EE. UU., lo que ha generado una falta de voluntad de vencer en las unidades afganas. Y, finalmente, se ha dado por concluida la intervención sin una estrategia de salida, demostrando hasta el final la falta de idoneidad de las estrategias aplicadas.

Palabras clave:

Afganistán, estabilización, estrategia, guerra, operaciones, reconstrucción, talibán.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Afghanistan. Politics without strategy or strategy without policy

Abstract:

In this essay the author exposes the reasons why incorrect and changing strategies, which have not been strictly aligned, have been applied in the Afghanistan conflict.

At the beginning, a clear and achievable political objective was not defined, being changed based on the interests of the different US administrations. In the stabilization phase, mistakes were made that led to the progressive alienation of the Afghan population, forgetting one of the basic principles of COIN (counterinsurgency) operations: 'winning the hearts and minds of the population', one of the key ideas promoted by General McChrystal in his operational concept. The necessary cohesion of the allies and above all a greater commitment has been lacking. Security Sector Reform (SSR) created armed forces completely dependent on NATO and in particular US capabilities, which has led to a lack of will to win in Afghan units. And finally, the intervention was terminated without an exit strategy, demonstrating to the end the inadequacy of the strategies applied.

Keywords:

Afghanistan, insurgency, operations, political, reconstruction, stabilization, strategy, Taliban, target, war.

Cómo citar este documento:

DE MIGUEL SEBASTIÁN, Jesús. *Afganistán. Política sin estrategia o estrategia sin política*. Documento de Opinión IEEE 92/2021.
http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2021/DIEEEO92_2021_JESMIG_Afganistan.pdf y/o [enlace bie](#)³ (consultado día/mes/año)

Introducción

Al disponerme a escribir este ensayo me incliné a darle este título al entender que con él se pone de manifiesto el problema de fondo que ha llevado al fracaso tanto de los Estados Unidos de América, como de la propia comunidad internacional, por cierto, un eufemismo pues es de todo menos «comunidad». A esa disociación entre estrategia y política hay que añadir la preocupante falta de liderazgo a nivel global. En la parte contraria nos encontramos con un movimiento —el talibán— que nunca ha perdido su objetivo y ha mantenido una estrategia que, al fin y a la postre, se ha manifestado exitosa para sus intereses, y a ello hay que añadir que ha contado con un liderazgo, aunque tóxico sin duda por los fines perseguidos, realmente efectivo y eficiente.

Es bien conocida la frase de Clausewitz de que «la guerra no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios», por lo que es fácil deducir que, si la estrategia versa sobre la conducción de la guerra y esta tiene una relación con la política, entonces estrategia y política son dos conceptos inseparables, más aún complementarios. En este sentido, Kissinger afirma que «la separación de la estrategia y la política sólo puede hacerse en detrimento de ambas. Hace que el poder militar se identifique con la aplicación más absoluta del poder y tienta a la diplomacia a preocuparse demasiado por la delicadeza»¹.

En el caso que nos ocupa, y así trataré de exponerlo en estas líneas, la política y la estrategia han seguido caminos diferentes en la intervención en Afganistán. Nadie duda sobre el carácter instrumental de la estrategia en relación con la política, se puede afirmar que la estrategia permite convertir en tangibles los objetivos políticos. Pero no es menos cierto que el pensamiento estratégico es, o al menos debe de ser, un elemento orientador de las políticas en la definición de sus objetivos. En los 20 años que ha durado esta guerra, si es que realmente ha finalizado, ha existido una continua disociación entre la política y la estrategia.

También quiero hacer referencia en esta introducción a la dificultad de realizar un análisis objetivo de un problema tan complejo como es el de esta guerra sin caer en la simplificación, por varios motivos, entre los que cito en primer lugar el hecho de haber formado parte de la misión de la OTAN —ISAF— como jefe de Estado Mayor del Mando

¹ BAYLIS, John; WIRTZ, James J.; GRAY, Colin S. "Strategy in the Contemporary World", *Oxford University Press*, Oxford, UK, 2016, p. 5.

Regional Oeste (RCW, por sus siglas en inglés)² en el año 2010, uno de los más complicados de la fase de expansión de la misión de ISAF por lo que suponía abrir el control aliado en nuevas zonas. Fruto de esta extensión del despliegue supuso el incremento en el número de bajas propias y por ello en estos momentos aflora el recuerdo de aquellos héroes a los que despedíamos en las «ceremonias de rampa»³ y la inevitable pregunta ¿para qué sirvió todo aquello? ¿qué pensarán esos hombres y mujeres que dejaron sus vidas, convencidos de que estaban contribuyendo a crear un mundo más seguro?

Otro de los motivos por los que considero difícil analizar el cúmulo de errores que han llevado a esta situación viene del hecho de que no se puede simplificar el escenario afgano —el laberinto afgano— a estos 20 años de «ocupación occidental», sino hay que entender que es un país cuya historia reciente es el conflicto armado con diversas características. No son simplemente 20 años de guerra, se trata de un país que desde los años 80 lleva encadenando guerra tras guerra. Desde que se enfrentara a la poderosa máquina bélica de la Unión Soviética, con el apoyo (indirecto) de Estados Unidos, por cierto; siguiendo con la interminable guerra civil entre los conocidos como los «señores de la guerra», que eran una representación de la complejidad étnica del país, y que concluiría en el año 1996 con la victoria talibán para pasar a dominar la gran mayoría del país, aunque no su totalidad, como parece ser han conseguido ahora; y finalmente el periodo que nos ocupa desde que en el año 2001 los EE. UU. ocuparan Kabul en su pretensión de capturar a Osama Bin Laden y su posterior expansión por todo el país con el apoyo de sus aliados, dando lugar a una guerra de contrainsurgencia.

En la falta de definición en el origen del conflicto y su posterior justificación ante la opinión pública, se pueden identificar buena parte de las consecuencias de la situación que se ha generado con la retirada de las últimas fuerzas estadounidenses —«de aquellos polvos estos lodos»—. Al fin y a la postre la falta de liderazgo y la falta de voluntad de la comunidad internacional de defender sus valores pueden ser considerados como causas subyacentes de lo que me atrevo a denominar como «fracaso histórico».

² Era uno de los cinco mandos regionales en los que se dividía la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés) de la OTAN, estando su Cuartel General en Herat, en integrando fuerzas de diversas nacionalidades, entre las que se destacan España, Estados Unidos, Italia y Lituania, por ser aquellas que tenían contingentes y responsabilidades operacionales mayores

³ Traducción de la expresión inglesa *ramp ceremony* en la que se despide a los caídos en acto de servicio.

A continuación, analizaré sumariamente el conflicto afgano en sus tres partes: el inicio, la estabilización y la derrota, desde el punto de vista de la falta de concurrencia entre la política y la estrategia

Inicio

Tomemos como punto de partida el estado de shock en el que las sociedades occidentales, y en particular Estados Unidos, quedaron tras los ataques del 11 de septiembre de 2001. Desde la asunción de esa situación traumática nos ayudará a entender como la decisión de intervenir en Afganistán fue tomada sin un análisis ponderado de la situación, obviando el principio «clauswitziano» del «cálculo inteligente», como medio para reducir la inevitable fricción.

La invasión de Afganistán por parte del Ejército norteamericano podría ser enmarcada más precisamente como una actuación correspondiente al ámbito de la «diplomacia coercitiva», al menos en sus momentos iniciales, la cual no se corresponde con un conflicto armado propiamente dicho, sino que se trata más bien de un mecanismo de gestión del conflicto⁴. En el caso que nos ocupa, se pretendía forzar a que el régimen talibán entregara a Osama Bin Laden como autor intelectual de los atentados del 11S. Ante la negativa afgana se decidió la aplicación del empleo de la fuerza militar en un nivel limitado, correspondiendo a las fuerzas especiales estadounidenses el desarrollo de las operaciones principales para la captura del líder del Al Qaeda, contando para ello con el apoyo inicial sobre el terreno de los tayikos de la Alianza del Norte, a los que posteriormente se irían uniendo la mayoría de las milicias armadas afganas.

En consecuencia, se podría afirmar que el objetivo político se circunscribía a la captura de tan buscado terrorista y como represalia, a su negativa a colaborar, el desmantelamiento del régimen talibán. Así pues, desde un primer momento el objetivo político y militar se confunden, y lo que es peor no se define algo que es esencial en el diseño estratégico, como es la definición de una situación final deseada y la correspondiente «estrategia de salida».

⁴ Alan Collins se refiere a ella como el empleo de la amenaza o un nivel limitado de fuerza con el propósito que un actor interrumpa una línea de acción y/o vuelva a la situación anterior al *statu quo*. COLLINS, Alan. "Contemporary Security Studies", Oxford University Press. Oxford, UK, 2013.

Se puede afirmar que buena parte de la población afgana recibió a las tropas estadounidenses como la gran liberación de los abusos del régimen teocrático y fundamentalista que caracteriza al movimiento talibán que habían sometido mediante el terror a la sociedad, sumiéndola en un profundo subdesarrollo que contrastaba con el modelo social más liberal y avanzado que tenía ese país a mediados del pasado siglo.

Ante el vacío generado en la estructura estatal tras la invasión, la sociedad internacional reacciona para crear lo antes posible un gobierno interino que conduzca la reconstrucción de Afganistán. En diciembre de 2001, antes incluso que cayera el último bastión talibán —Kandahar— se firman los Acuerdos de Bonn, bajo el auspicio de la ONU, cuyos puntos principales se podrían resumir como sigue:

- Creación de un gobierno interino que incluyera a representantes de las diferentes comunidades étnicas.
- Creación de una fuerza multinacional de asistencia para la seguridad (ISAF).
- Se establece una comisión judicial para restablecer el sistema de justicia.
- Se establecen unos techos para el Ejército afgano (ANA, por sus siglas en inglés) y para las fuerzas de seguridad o policía (ANSF, por sus siglas en inglés).
- Se constituye la Conferencia de Donantes (a lo largo de estos 20 años ha gestionado decenas de miles de millones de dólares en proyectos de reconstrucción).

Se designa a Hamid Karzai como presidente interino, quien convoca en junio de 2002 la Loya Jirga para conformar el gobierno de transición hasta las primeras elecciones que tendrían lugar en 2004 y que le confirmarían en el cargo.

Si bien no se puede afirmar que política y estrategia estuvieran armonizadas, por las razones ya expuestas, los primeros meses de presencia internacional en Afganistán animaban a la esperanza. Sin embargo, unos meses más tarde, la declaración por el presidente Bush Jr. de la guerra global contra el terror significaría un tremendo error político al prescindir una vez más de la estrategia.

«Nuestra guerra contra el terrorismo será mucho más amplia que los campos de batalla y cabezas de playa del pasado. Esta guerra se librará allí donde los terroristas se escondan, se muevan o elaboren planes» (presidente Bush).

La declaración de la «guerra global contra el terror» es una muestra de la falta de idoneidad de este tipo de estrategias para enfrentar el nuevo entorno de seguridad. El terrorismo yihadista se fundamenta en políticas excluyentes, que enfrentan no solo a la sociedad occidental, sino a aquellas otras identidades que no responden a sus tópicos o estándares. Al declarar la mencionada guerra no se hace sino crear una «estrategia espejo» (SUMA CERO) basada también en una identidad excluyente —la defensa de los valores de Occidente— trayendo como consecuencia una mayor radicalización del islam. De alguna manera, se reescribe el discurso de la seguridad de bloques de la Guerra Fría, sustituyendo los bloques basados en la ideología, en una suerte de bloques en torno a una supuesta identidad —el islam frente al Occidente cristiano— que más allá de ideologías de uno y otro, lo que a los yihadistas violentos les permite es mantener su discurso de identidad propia y, a su vez, el acceso a los recursos económicos a través del mercado negro y otras actividades criminales; y a los segundos a mantener unos gastos de defensa como en la época de la Guerra Fría.

En este contexto, se invade Irak en abril de 2003, curiosamente bajo la misma operación —Enduring Freedom (OEF)—. Esta nueva intervención estadounidense, en este caso al margen incluso de una resolución favorable del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, va a provocar el rechazo de gran parte del mundo musulmán, incluyendo a buena parte de la población afgana que meses antes había recibido a sus tropas como si una fuerza de liberación se tratará, siendo aquella una de las razones por las que se expandió el movimiento insurgente en Afganistán.

De acuerdo con lo hasta aquí expuesto, la política, y no solo la norteamericana, se disoció de la estrategia, obviando que sin una estrategia no es posible alcanzar un objetivo.

«Una estrategia significa tener capacidad para observar el mundo y analizarlo a corto plazo y la habilidad para prever sus consecuencias a largo plazo y, lo más importante, identificar las causas más que los síntomas, para ver en bosque en su totalidad y no solo los árboles» (Freedman)⁵.

La falta de claridad del objetivo ha sido determinante, ni el objetivo de instaurar una democracia respondía al contexto (Arabia Saudí tampoco es una democracia

⁵ FREEDMAN, Lawrence. *Estrategia. Una historia*. La Esfera de los Libros. Madrid, España, 2016.

propiamente dicha y su régimen genera cierta controversia en relación con el respeto a los derechos humanos, por citar un ejemplo) ni el más ambicioso de la estabilización.

Estabilización

Con la ocupación de Kabul y la caída del bastión talibán en Kandahar se dan por finalizadas las operaciones principales y se inicia la estabilización y la reconstrucción del país bajo la égida de los Acuerdos de Bonn. En este punto se aprecia un problema de liderazgo internacional. Por un lado, la tutela mundial a través de la ONU y la Conferencia de Donantes; por otro, los intereses de Estados Unidos no coincidentes en muchas ocasiones con el resto de los países; y, por otra parte, la convivencia de dos operaciones diferentes la misión de las Naciones Unidas para Afganistán —UNAMA—, en la que se integraba la arriba mencionada ISAF (Resolución 1386 del CSNU), y la también mencionada OEF, ahora ya formando parte de ese legalmente dudoso concepto de «guerra global contra el terror».

La realidad es que el único control efectivo de las fuerzas de ISAF se limitaba a la capital Kabul y sus alrededores, por su parte las fuerzas que se integraban en la OEF, mayoritariamente de EE. UU. y, en menor medida, del Reino Unido, seguían teniendo como objetivo la busca y captura de OBL. El movimiento talibán, consciente de su debilidad permanecía oculto en las zonas más recónditas del país o refugiado en la vecina Paquistán, en concreto en la región conocida como Áreas Tribales Federalmente Administradas (FATA, por sus siglas en inglés).

Por su parte, el nuevo Gobierno interino, bajo la tutela de Estados Unidos, comenzaba su andadura sin ninguna institución que permitiera un control efectivo de su población y su territorio y tratando de reducir la renuencia de las diferentes etnias, principalmente de los tayikos, ante la preeminencia pastún en el directorio presidido por Karzai.

La falta de un objetivo político definido, decisivo y alcanzable, unido a la falta de cohesión internacional y a la ausencia de una fuerza militar efectiva con un único objetivo estratégico hacía muy difícil avanzar en el complejo proceso de reconstrucción y estabilización. Mientras tanto, los talibanes esperaban el momento oportuno para tomar la iniciativa, conscientes que el factor tiempo iba a jugar a su favor frente a una sociedad (occidental) débil y desmotivada en una región que consideraba que no le aportaba ningún beneficio, y se veía inmersa en una guerra que exigía un gran esfuerzo

Sin ánimo de ser fatalista, la conocida Trinidad de Clausewitz era ya irreconocible a finales del año 2003. En el nivel político, faltaba la razón, si es que alguna vez había existido, inmersos en una guerra sin un objetivo claro y definido; la sociedad (tanto de Estados Unidos como de sus aliados), una vez superado el impacto y la ansiedad tras los ataques del 11S, estaba perdiendo la «pasión», aunque los posteriores ataques de Madrid y Londres, en marzo de 2004 y julio de 2005, respectivamente, podrían de manifiesto que la amenaza terrorista seguía siendo algo tangible; y el tercer vértice trinitario —«el volitivo»—, correspondiente al ámbito militar contaba en ese momento con unas capacidades muy reducidas, en cualquier caso sin posibilidad de enfrentar con éxito un problema de esa envergadura que requiere una firme disposición (voluntad) de poner en juego todos los recursos.

La situación lejos de mejorar iba a empeorar notablemente a partir del mes de abril de 2003, cuando las Fuerzas Armadas estadounidenses, con la contribución de británicas y australianas invaden Irak para derrocar el régimen de Saddam Hussein. Intervención que se produce sin la autorización expresa del CSNU, aunque con la anuencia de un importante número de naciones, entre ellas España. La invasión produjo tres efectos inmediatos sobre la reconstrucción de Afganistán: el primero, la fractura del mundo occidental, y de una forma muy particular de Europa, lo que iba a ahondar en la falta de cohesión internacional; el segundo, la dispersión de las escasas fuerzas militares disponibles ya que buena parte de los escasos efectivos militares norteamericanos y británicos fueron derivados al teatro de operaciones de Irak; y, el tercero, pero no menos importante, la ofensa al mundo musulmán, lo que contribuyó en una creciente radicalización contra Occidente y en particular en lo que se refiere a Afganistán al nacimiento de la insurgencia, lo que sin duda iba a ser aprovechado por el movimiento talibán cuya estructura organizacional había quedado prácticamente intacta.

Una vez más ha quedado demostrado que el binomio política y estrategia tienen que estar perfectamente armonizados, no se puede o no se debe tomar decisiones políticas sin el preceptivo análisis estratégico, lo que sin duda no ha ocurrido en Afganistán.

A partir de ese momento en el teatro afgano, Estados Unidos y la OTAN, que había asumido el mando de ISAF ante la incapacidad de la ONU de liderar una operación tan compleja, iban a ir perdiendo la iniciativa frente al movimiento talibán, incapaces de hacer frente de manera efectiva a una operación COIN en el contexto de una guerra que

responde al concepto que Mary Kaldor define como las nuevas guerras, en las que el empleo de la fuerza no es más que una acción más dentro de otras muchas a aplicar⁶.

En esta indefinición político-estratégica y en un entorno culturalmente alejado de nuestro modelo occidental de sociedad, se fueron cometiendo errores uno tras otro, los cuales han llevado a esta situación. Estos errores podrían considerarse que en algunos casos han sido originados por la propia comunidad internacional y en otros responden al propio entorno cultural afgano. Entre los primeros se puede destacar la pretensión de desarrollar un modelo de sociedad incompatible con el pueblo afgano. La incapacidad, a la vista de los resultados, para apoyar un desarrollo institucional sobre el que se pudiera edificar el nuevo Estado afgano.

Desde el año 2004, en el que se celebraron las primeras elecciones presidenciales que confirmaron en la presidencia al, hasta entonces, presidente interino Karzai, han tenido lugar varios procesos electorales en una sociedad fundamentalmente tribal, sin que se pudiera confeccionar un censo electoral entre otras razones por el control talibán que ha seguido existiendo en la sombra y que atemorizaba a una población con unos altos niveles de analfabetismo. Se podría afirmar que en este tiempo han coexistido tres administraciones con la connivencia de las potencias que pretendían controlar el país: «la oficial» en base a una administración con escasos apoyos reales entre la población y con enormes dificultades de implantarse más allá de las grandes capitales, en un país básicamente rural y con unas rudimentarias infraestructuras; «la tribal», basada en la tradicional influencia de los *elders* o personas mayores —notables— reconocidas por los grupos tribales; y la del propio régimen talibán, el cual, aunque oculto, nunca estuvo desaparecido.

Es decir, si bien la decisión política definió un objetivo poco realista y nada adaptado a la realidad afgana, las estrategias aplicadas obviaron el entorno en el que tenían que ser implementadas. A lo anterior hay que añadir que durante no pocos años muchas de las fuerzas ocupantes no tuvieron en cuenta la sensibilización cultural (*cultural awareness*), lo que fue generando un desapego creciente hacia el mundo occidental que era percibido como alguien que trataba de imponer un modelo ajeno a sus propias creencias.

Este modelo mixto descrito tampoco facilitó el desarrollo institucional con una administración central incapaz de llegar a todo el territorio sin el apoyo de las fuerzas

⁶ KALDOR, Mary. "New and Old Wars", *Polity Press*. Cambridge, UK, 2012.

extranjeras. Tampoco el sistema de justicia pudo ser desarrollado de manera efectiva por razones similares a las arriba expuestas derivadas del diferente modelo cultural.

Durante todos estos años se ha mostrado la incapacidad del Gobierno afgano para extender su acción a todo el territorio, facilitando no pocas «zonas sin gobierno», lo que fue aprovechado por el movimiento talibán en su particular manera de controlar el territorio. Ejemplo de ello ha sido el cultivo y producción del opio al que se sumaron los talibanes cuando lo identificaron como un invaluable método de financiación y sobre todo una estrategia para ganar poder especialmente en las zonas rurales y desde ellas ir infiltrándose en las estructuras del Estado. Así, en estas zonas sin gobierno, el narcotráfico, negocio que regentado por el movimiento talibán ofrecía a los campesinos dinero y protección a cambio de cultivar los campos de amapola.

Pero lo que se ha mostrado como un terrible fracaso en el capítulo del desarrollo institucional impuesto en Afganistán ha sido el relacionado con la Reforma del Sector de Seguridad (SSR, por sus siglas en inglés), la cual incluía la creación de unas fuerzas policiales o fuerzas de seguridad afganas (ANSF, por sus siglas en inglés) y el Ejército afgano (ANA, por sus siglas en inglés). Para ello, se creó un sistema de generación de unidades y adiestramiento controlado por la NATO Training Mission (NTM-A), liderada y financiada principalmente por Estados Unidos con la contribución de fondos de otros países donantes. Estos fondos eran entregados en base al número de batallones (*kandar* en la denominación afgana), de manera que muchos de ellos eran creados artificialmente para recibir el dinero que en pocas ocasiones llegaba a su destino, algo, por otra parte, bien conocido en el entorno operacional.

Además, las unidades creadas eran supuestamente tuteladas por las fuerzas de ISAF, empleándose de manera conjunta. En la medida que su empleo estaba apoyado en las ingentes capacidades operacionales de las fuerzas aliadas sus resultados fueron exitosos, pero a la vez se fue generando en ellas un sentimiento de dependencia absoluta que han ido mermado su moral y su propia capacidad de combate, lo que en parte ha provocado las deserciones masivas cuando este apoyo se ha dado por concluido con la retirada primero de la OTAN y finalmente de Estados Unidos

Derrota

No se puede utilizar otra palabra que derrota para definir lo que ha pasado en Afganistán. En el afán habitual de búsqueda de cabezas de turco, ahora se pone el foco en Donald Trump, quien abrió el diálogo con el régimen talibán, anunciando la salida de Estados Unidos y de Joe Biden, quien finalmente ha materializado esa salida, a quien más allá de no medir los tiempos no se le puede imputar la responsabilidad de esta cuando menos controvertida decisión.

Una vez más se quiebra el equilibrio entre la política y la estrategia. Se toma una decisión de salida sin haber definido previamente la situación final deseada (política) y sin tener diseñada una estrategia de salida, lo que al fin y a la postre ha generado un vacío que ha sido ocupado sin ninguna dificultad por el nuevo régimen talibán que, como ya he mencionado anteriormente, nunca se había ido, simplemente estaba esperando su tiempo y al final este ha llegado.

Desgraciadamente a pesar del esfuerzo económico y del que es aún más grave, el humano, se cierra esta triste página en la historia afgana con miles de muertos, y, a la vista de los resultados, lo único que hemos construido ha sido un endeble castillo de naipes que se ha venido debajo de una manera dramática.

En estos días se pone el foco en la debilidad del nuevo presidente estadounidense, a quien efectivamente se le puede imputar un manejo erróneo de los tiempos en la ejecución de una decisión tomada ya hace años, aunque materializada por su antecesor, pero, en cualquier caso, no es el único responsable del desastre de llevar a Afganistán otra vez al mismo punto de partida de 2001. Se trata de un fracaso compartido con la OTAN que no ha sido capaz de aportar las capacidades requeridas para este tipo de conflictos, ni siquiera conformar la necesaria cohesión y unidad de acción de sus miembros; es una nueva decepción sobre la poca credibilidad de la Unión Europea, cuya acción exterior es una vez más cuestionada, junto a su manifiesta debilidad como poder global, se ha podido constatar que está también muy lejos de ser un referente en la seguridad entendida como emancipación; y un nuevo desengaño en la capacidad de liderazgo de la ONU, organización que necesita de una profunda transformación para adaptarse al complejo mundo de la seguridad de nuestros días.

Más allá de la excelente labor realizada por los ejércitos allí desplegados y del esfuerzo de buena parte de los responsables de la creación del Ejército Nacional Afgano, el

resultado final no ha hecho sino demostrar la incapacidad para acometer con eficacia la Reforma del Sector de la Seguridad, en buena parte, y como decía en la introducción por una preocupante disociación entre la política y la estrategia.

Corolario

Pero, no es momento de lamentaciones ni de buscar culpables, es tiempo de reflexión y aprender de los errores cometidos. El nivel político-estratégico se caracteriza por «hacer lo correcto», considerando que se ha estado muy lejos de cumplir con este condicionante. Por su parte en los niveles operacional y táctico se circunscribe a «hacer las cosas bien», y aquí no hay que poner peros: los soldados allí desplegados han dado muestras una vez más de su preparación, capacidad de sacrificio, abnegación y respeto por los derechos humanos. han sufrido la incomprensión de buena parte de las élites dirigentes y la desidia de algunos sectores de la sociedad, por cierto, los que hoy con una hipocresía sin límites se escandalizan de la retirada y con gran cinismo apelan al futuro que les espera a las mujeres afganas. Los militares han demostrado una vez más estar por encima de esas actitudes, han cumplido con su trabajo en cualquier circunstancia, y cuando ha sido necesario combatido, con honor y coraje, convencidos que con su sacrificio contribuían a mejorar la seguridad de sus conciudadanos.

Si bien el balance (político) es negativo, no en vano esta «aventura» ha terminado con una dolorosa derrota, no es menos cierto que en estos años han tenido lugar aspectos muy positivos, especialmente en los niveles operacional y táctico. Al menos durante este tiempo, gracias a la presencia y buen hacer de las fuerzas de ISAF se fomentaron los derechos humanos, especialmente en relación con el papel de la mujer en la sociedad afgana, y sería deseable que ese poso pudiera servir para que el pueblo afgano sea hoy más fuerte frente a la deriva fundamentalista extrema talibán.

Se ha contribuido a reconstruir el país después de décadas de guerra continuada, creando no pocas infraestructuras con importantes inversiones, a las que hemos contribuido todos los países que a lo largo de estos años dejamos nuestra huella en esa tierra. En esta empresa fueron de particular importancia los Equipos Provinciales de Reconstrucción (PRT, por sus siglas en inglés) a los que España contribuyó de manera notable en la provincia de Badghís.

Son muchas las dudas que en estos momentos nos asaltan tras la rápida e imparable ofensiva talibán. La primera relacionada con este grupo radical islámico en la medida, pues no se tiene la certeza si seguirá por la senda de impulsar el terrorismo internacional, o si su régimen teocrático, que sin duda va a imponer, va a seguir vulnerando sistemáticamente los derechos humanos o, por el contrario, como piensa algunos optimistas (cada vez menos), cumplirán con lo pactado en las conversaciones previas mantenidas. Otra incertidumbre tiene que ver con el papel de otras potencias como Rusia o China en el control del nuevo régimen en beneficio de sus intereses, introduciendo una fractura geopolítica en la región. Finalmente, queda también en el aire verificar cuál será la relación con otras potencias islámicas, incluida Turquía, país este miembro de la OTAN y con un creciente poder regional, o la propia Arabia Saudí o Qatar regidos también por regímenes teocráticos.

Cabe preguntarse para concluir si el fracaso en Irak y ahora en Afganistán servirán para evitar este tipo de intervenciones que no tienen un objetivo político claramente definido y plausible, más aún, si este fiasco contribuirá a conformar un pensamiento estratégico acorde con el complejo mundo de nuestros días, o por el contrario seguiremos anclados en las estrategias de suma cero, propias de la guerra fría.

Es innegable que la cultura talibán se fundamenta en la visión excluyente de una pequeña parte del islam, no caigamos nosotros en esa misma visión identitaria y hagamos nuestra la acertada reflexión de Rudyard Kipling⁷, entendiendo que «ellos y nosotros no somos tan diferentes como pensamos».

All good people agree,
And all good people say,
All nice people, like Us, are We
And everyone else is They:
But if you cross over the sea,
Instead of over the way,
You may end by (think of it!) looking on We
As only a sort of They!

*Jesús de Miguel Sebastián**
Coronel (Ret)

⁷ KIPLING, Rudyard. *Debits and Credits*.